

MEMORIAS DE LA HORMIGA MAJA

La hormiguita Catalina desde pequeña soñaba con vivir aventuras. La vida en el hormiguero proporcionaba seguridad, pero era siempre la misma. Todo el mundo trabajaba arduamente, dormían entre algodones y comían las raciones que repartía la hormiga reina.

Esa pequeña hormiga se hizo adulta y un buen día, casi al inicio del verano, cogió su mochila y emprendió su viaje. Caminó hasta que sus patitas no pudieron más. Era difícil avanzar siendo pequeña, pero aprendió a montar los zapatos de los que ella llamaba gigantes y así se movió con soltura por las calles de Coca, ni en sus sueños había dado zancadas como aquellas. Se coló en restaurantes y probó el cochinillo, el cordero asado y los judiones. Entró como turista por las pastelerías y disfrutó del ponche segoviano, de los florones y los suspiros. El encanto del pueblo de Coca y su castillo la asombraron como a todos, sin embargo, ella era más de la gastronomía.

En uno de sus paseos se montó en el tacón de una mujer que llevaba prisas y llegó a una frutería. Allí vio expuestas por primera vez multitud de frutas y verduras. Entusiasmada por la curiosidad probó el sabor de las fresas traídas del vecino pueblo de Chañe, se refrescó con un buen bocado de sandía, pero también se atrevió a mordisquear una lechuga fresca y unos pimientos que estaban al lado. En este lugar se quedó hasta el final del verano.

Una vez que regresó al hormiguero, en una de las reuniones nocturnas en torno al fuego, narró a sus compañeras su osado viaje y los sabores que había guardado en su memoria. Su relato a partir de ese día se transformó en una fábula popular, que se contó muchas veces e incentivó a otras hormigas aventureras a salir del hormiguero en busca de aquellos sabores.

